



PHILIP K. DICK

*Confesiones de un artista
de mierda*



Confesiones de un artista de mierda, es una de las contadas obras de «literatura general» del maestro de la ciencia ficción Philip K. Dick, y que el propio autor considera su mejor novela al margen del género. Jack Isidore, de Sevilla, California, el «artista de mierda» ¿una ingenua alma perdida, un ser fascinado por fragmentos de información e incapaz de distinguir los hechos de la fantasía? es el análogo moderno de Isidoro de Sevilla, quien escribió la enciclopedia más corta que se hubiera redactado jamás: treinta y cinco páginas. El juego de Dick consiste en hacer rodar a este personaje en la California de los años cincuenta...

A Tessa,
la muchacha de cabello oscuro que se preocupó
por mí cuando era más importante; esto es, todo
el tiempo. Este libro es para ella con amor.

Uno

Estoy hecho de agua. Jamás se darán cuenta de ello, porque la tengo contenida. También mis amigos están hechos de agua. Todos. Para nosotros, el problema no sólo radica en que debemos andar sin ser absorbidos por la tierra, sino que debemos ganarnos la vida.

En realidad, hay un problema aún mayor. No nos sentimos cómodos en ninguna parte. ¿Por qué?

La respuesta es la Segunda Guerra Mundial.

Comenzó el 7 de diciembre de 1941. En aquella época yo tenía dieciséis años y todavía asistía a la escuela secundaria de Sevilla. Tan pronto como escuché la noticia en la radio, me di cuenta de que iba a combatir en ella, de que nuestro presidente ahora tenía la oportunidad de azotar a los japoneses y a los alemanes, y que haría falta el esfuerzo de todos, hombro con hombro. La radio la había construido yo mismo. Siempre andaba montando receptores de tubos de superheterodino. Mi cuarto estaba atestado de auriculares, cables y condensadores, junto con mucho más material técnico.

El anuncio de la radio interrumpió una publicidad de pan que decía:

«¡Homer! ¡No te olvides del pan Homestead!»

Solía odiar esa publicidad, y acababa de pegar un salto para cambiar de frecuencia cuando, en el acto, la voz de la mujer fue cortada. Naturalmente, lo noté; no tuve que pensar dos veces para comprender que pasaba algo. Ahí tenía mi colección de sellos coloniales de Alemania —los que muestran el yate del Kaiser, el Hohenzollem— desplegados

a muy poca distancia de la luz directa del sol, sabiendo que debía colocarlos en el álbum antes de que les sucediera algo. Sin embargo, me quedé de pie en medio de mi cuarto sin hacer absolutamente nada, salvo respirar, y, claro está, mantener otros procesos normales en marcha. Mantener mi lado físico mientras mi mente se centraba en la radio.

Por supuesto, mi hermana, mi madre y mi padre habían salido a pasar la tarde fuera, así que no tenía a nadie a quien contárselo. Eso me puso lívido de cólera. Después de las noticias sobre los aviones japoneses que nos bombardeaban, me puse a correr en círculos, tratando de pensar a quién llamar. Por fin, bajé a toda velocidad por la escalera y entré en el salón, desde donde telefoneé a Herman Hauck, un amigo de la escuela de Sevilla que compartía mi pupitre en la clase de Física 2A. Le conté las noticias y no tardó ni un instante en venir a casa en su bicicleta. Nos sentamos a la espera delante de la radio y discutimos la situación.

Al mismo tiempo encendimos un par de Camels.

—Esto significa que Alemania e Italia también intervendrán —le dije a Hauck—. Significa una guerra contra el Eje, no sólo contra los japoneses. Desde luego, primero deberemos machacar a los japs, y luego centrar nuestra atención en Europa.

—Cuánto me alegra ver que aquí tenemos nuestra oportunidad de darle su merecido a esos japoneses —comentó Hauck. Los dos nos mostramos de acuerdo—. Estoy ansioso de que entremos en guerra —añadió. Nos pusimos a dar vueltas por mi habitación, fumando y con los oídos atentos a la radio—. Miserables enanos de panza amarilla —soltó Herman—. ¿Sabes?, no tienen una cultura propia. Toda su civilización se la robaron a los chinos. En realidad descienden más de los monos; no son seres humanos de verdad. No es como luchar contra humanos reales.

—Es verdad —dije.

Por supuesto, esto era por 1941, y una afirmación no científica como ésta no se llegaba a cuestionar. En la actualidad sabemos que los chinos tampoco tienen una cultura. Se hicieron Rojos como la masa de hormigas que son. Para ellos, es una vida natural. Además, realmente no importa, porque estábamos destinados a tener problemas con ellos tarde o temprano. Algún día tendremos que machacarlos como machacamos a los japs. Y cuando llegue el momento, lo haremos.

No fue mucho después del 7 de diciembre cuando las autoridades militares transmitieron las noticias por los postes telefónicos, diciéndole a los japs que debían salir de California para tal y tal fecha. En Sevilla —que se encuentra a unos sesenta kilómetros de San Francisco— teníamos cierto número de japoneses haciendo negocios; uno llevaba un vivero, otro una tienda de comestibles... sus típicas tiendas pequeñas, con las que ganan unos peniques aquí y allá, haciendo que sus diez hijos realicen todo el trabajo y, por lo general, manteniéndose con un bol de arroz al día. Ningún blanco puede competir con ellos, ya que están dispuestos a trabajar por nada. Bueno, pues ahora tenían que largarse, les gustara o no. En mi opinión, era por su bien, ya que muchos de nosotros estábamos agitados ante la visión de los japs saboteando y espiando. En la escuela secundaria de Sevilla, unos cuantos perseguimos a un chico japonés y lo zarandeamos un poco, para que viera cómo nos sentíamos. Si no recuerdo mal, su padre era dentista.

El único jap que yo conocía de verdad era un vendedor de seguros que vivía enfrente de nosotros. Como todos ellos, tenía un gran jardín a ambos lados de la casa y en la parte de atrás, y por las tardes y durante los fines de semana solía aparecer con unos pantalones de color caqui, una camiseta y zapatillas de tenis, llevando una manguera y un saco de fertilizante, un rastrillo y una pala. Había plantado un montón de verduras japonesas que jamás reconocí, algunas alubias, calabazas y melones, más las acostumbradas

remolachas y zanahorias. Yo solía observarlo mientras quitaba las malas hierbas alrededor de las calabazas, y siempre le decía:

—Ahí está Jack Calabacín de nuevo en su jardín buscando una nueva calabaza.

Con su cuello flaco y su cabeza redondeada no se parecía a Jack Calabacín; tenía el pelo afeitado, como lo llevan ahora los estudiantes universitarios, y siempre sonreía. Tenía dientes enormes que los labios jamás le tapaban.

En aquella época, antes de que sacaran a los japs de California, me obsesionaba la idea de ese amarillo dando vueltas por el barrio con una calabaza en descomposición, buscando una fresca. Tenía un aspecto tan enfermizo —principalmente porque era muy flaco y encorvado— que me puse a conjeturar cuál podía ser su mal. A mí me parecía que era tuberculosis. Durante un tiempo temí —me molestó semanas enteras— que un día que estuviera en su jardín o que bajara por el camino particular en dirección a su coche, se le rompiera el cuello y se le cayera la cabeza a los pies. Aguardé con temor que le sucediera, por eso siempre debía estar atento cuando le oía. Y siempre que andaba cerca podía escucharle, porque constantemente carraspeaba y escupía. Su mujer también escupía, y era muy pequeña y bonita. Casi se parecía a una estrella de cine. Pero su inglés, según mi madre, era tan malo que resultaba inútil que alguien intentara hablar con ella; lo único que hacía era reírse entre dientes.

La idea de que el señor Watanaba se parecía a Jack Calabacín jamás se me podría haber ocurrido si no hubiera leído los libros de Oz en mis años infantiles; de hecho, todavía tenía algunos por mi habitación bien entrada ya la Segunda Guerra Mundial. Los guardaba con mis revistas de ciencia-ficción, mi viejo microscopio y mi colección de piedras, y con el modelo del sistema solar que había construido en la escuela secundaria para mi clase de ciencia. Cuando se escribieron los libros de Oz, allá por 1900, todo el

mundo los tomó por una ficción, igual que sucedió con los libros de Julio Verne y H.G. Wells. Pero ahora empezamos a ver que aunque los personajes, como Ozma, el Mago y Dorothy, eran creaciones de la mente de Baum, la idea de una civilización en el interior del mundo no es algo fantástico. Recientemente, Richard Shaver ha proporcionado una descripción detallada de una civilización en el interior del mundo, y otros exploradores están alerta ante la posibilidad de tales descubrimientos. También puede que se descubra que los continentes perdidos de Mu y la Atlántida pertenecen a una cultura antigua en la que las tierras interiores han desempeñado un papel importante.

Hoy en día, en los años 50, la atención de todo el mundo está dirigida hacia arriba, al cielo. La vida en otros mundos es lo que centra la atención de la gente. Sin embargo, en cualquier momento el suelo se puede abrir bajo nuestros pies y surgir extrañas y misteriosas razas de su interior. Vale la pena pensar en ello... Y en California, con eso de los terremotos, la situación resulta particularmente acuciante. Cada vez que hay un terremoto, me pregunto: ¿abrirá éste la grieta en el suelo que, finalmente, revele el mundo interior? ¿Será éste?

A veces, a la hora de la comida, lo he discutido con mis compañeros de trabajo, hasta con el señor Poity, el dueño de la empresa. Mi experiencia me dice que si algunos tienen conciencia de una raza no terrestre, sólo se preocupan de los ovnis y de las razas con las que nos encontramos, sin darnos cuenta, en el cielo. Es lo que llamaría intolerancia, incluso prejuicio, pero requiere mucho tiempo, hasta en estos días, que los hechos científicos lleguen al conocimiento del público en general. Los mismos científicos son remisos al cambio, así que depende de nosotros, el público científicamente entrenado, ser la avanzadilla. No obstante, he descubierto, incluso entre nosotros, que hay muchos a los que no les importa nada. Mi hermana, por ejemplo. En los últimos años, ella y su marido han estado viviendo en la

parte norte del Condado de Marin, y lo único que parece preocuparles ahí arriba es el budismo zen. De modo que aquí, en mi propia familia, hay un ejemplo de una persona que ha pasado de la curiosidad científica a una religión asiática que amenaza, igual que el cristianismo, con ahogar la facultad racional de cuestionamiento.

Sea como fuere, el señor Poity está interesado, y yo le he prestado unos libros del Coronel Churchward sobre Mu.

Mi trabajo en el Servicio de Ruedas One-Day Dealer's es interesante, y me obliga a emplear parte de mi destreza con las herramientas, aunque muy poco de mi entrenamiento científico. Me encargo de volver a marcar surcos. Lo que hacemos es coger las lisas, es decir, las ruedas que están tan gastadas que ya casi no les quedan estrías; luego, con una punta caliente marcamos surcos hasta la misma cubierta, siguiendo el viejo patrón gastado, de modo que da la impresión de que la rueda aún tiene caucho... cuando, en realidad, sólo queda el material de la cubierta. Entonces, la pintamos con pintura negra de caucho, dejándole la apariencia de una rueda en buenas condiciones. Por supuesto, si la lleváis en vuestro coche, basta con que piséis una cerilla caliente y ¡boom! Tenéis una rueda pinchada. Sin embargo, por lo general, una rueda vuelta a marcar aguanta un mes. De paso, no podéis comprar ruedas como las que yo hago. Tratamos sólo al por mayor, esto es, con agencias de coches usados.

El trabajo no paga mucho, pero resulta divertido descubrir el viejo patrón de surcos... a veces casi ni se ve. De hecho, a veces sólo un experto, un técnico entrenado como yo, puede verlo y rastrearlo. Y hay que hacerlo a la perfección, porque si te apartas del patrón original, queda una marca que hasta un idiota puede reconocer que no ha sido hecha por la máquina original. Cuando termino con una rueda, no parece marcada a mano. Muestra el aspecto exacto que tendría si lo hubiera hecho una máquina, lo

cual, para un marcador de surcos, es la sensación más satisfactoria del mundo.

Dos

Sevilla, California, tiene una buena biblioteca pública pero lo mejor de vivir en Sevilla es que sólo en veinte minutos en coche llegas a Santa Cruz, donde está la playa y el parque de atracciones. Y durante todo el trayecto hay cuatro carriles.

Para mí, sin embargo, la biblioteca ha sido importante en la formación de mi educación y convicciones. Los viernes, que es mi día libre, voy a eso de las diez de la mañana y leo *Life* y las viñetas del *Saturday Evening Post*, y luego, si los bibliotecarios no me están mirando, saco de las estanterías las revistas de fotografía y las inspecciono con el propósito de encontrar esas poses especiales de arte en que aparecen chicas. Y si miras con atención al principio y al final de las revistas de fotografía, encuentras anuncios que casi nadie ve, anuncios que están ahí para ti. Sin embargo, debes estar familiarizado con el estilo. Sea como fuere, lo que esos anuncios te consiguen, si les envías el dólar, es algo distinto de lo que ves incluso en las mejores revistas, como *Playboy* o *Esquire*. Recibes las fotos de chicas haciendo algo completamente diferente, y en algunos aspectos son mejores, aunque por lo general las chicas son más viejas — a veces incluso brujas arrugadas— y nunca son bonitas y, lo peor de todo, es que tienen pechos grandes y caídos. Sin embargo, aparecen haciendo cosas inusuales de verdad, cosas que no esperas que las chicas hagan en las fotos — no se trata de cosas especialmente sucias, pues, después de todo, vienen por correo Federal desde Los Angeles y Glendale—, como una que recuerdo en la que una chica

estaba echada sobre el suelo, con un sujetador negro de encajes, medias negras y zapatos de tacón alto, y otra chica la limpiaba con una fregona aclarada en un cubo lleno de espuma. Eso me tuvo concentrado durante meses. Y recuerdo otra de una chica vestida con lo habitual —como arriba— que empujaba a otra igualmente ataviada por una escalera, de modo que la víctima-chica (si es que se la llama así; al menos es como yo suelo pensar en ella) estaba toda doblada y ladeada, como si tuviera los brazos y las piernas rotas... una muñeca de trapo o algo por el estilo, como si la hubieran atropellado con un coche.

Y siempre están aquellas en que la chica más fuerte, el ama, tiene atada a la otra. Se les llama fotos de disciplina. Y mejores aún son los dibujos de disciplina. Los que las realizan son artistas realmente competentes... algunos sí que valen la pena verse. Otros, de hecho la mayoría, son basura mediocre, son tan vulgares que no se les debería permitir ir por correo.

Durante años he tenido un sentimiento extraño al mirar esas fotografías, no un sentimiento sucio —nada que ver con la sexualidad o las relaciones—, sino el que experimentas en lo alto de una montaña respirando aire puro, como en Big Basin Park, donde están las secoyas y las corrientes de la montaña. Por esas secoyas solíamos ir de caza, aunque, naturalmente, es ilegal cazar en un parque Estatal o Federal. De vez en cuando conseguíamos algún ciervo. Sin embargo, las armas que usábamos no eran mías. A mí me la prestaba Harvey St. James.

Por lo general, cuando hay algo que vale la pena hacer, nosotros tres, yo, St. James y Bob Paddleford, lo hacemos juntos en el Ford convertible del 57 de St. James, con los tubos de escape dobles, los faros gemelos y el parachoques trasero caído. Es todo un coche, famoso en Sevilla y Santa Cruz; tiene pintura metalizada dorada, con los rebordes de color púrpura que pintamos nosotros a mano. Para conseguir esas líneas tan brillantes empleamos moldes de

fibra de vidrio. Se parece más a un cohete espacial que a un coche; tiene el aspecto del espacio exterior y velocidades que se aproximan a la de la luz.

Para pasarlo bien de verdad, cruzamos las Sierras en dirección a Reno. Salimos el viernes por la noche, cuando St. James termina de vender trajes en Hapsberg's Menswear, vamos a San José a recoger a Paddleford —trabaja para la Shell Oil, en el departamento de programación— y, entonces, partimos hacia Reno. Esa noche no dormimos nada; llegamos tarde y nos vamos directamente a jugar en las máquinas tragaperras o al blackjack. Luego, a eso de las diez de la mañana del sábado, nos echamos una cabezadita en el coche, localizamos unos servicios públicos para afeitarnos, cambiarnos las camisas y las corbatas, y salimos en busca de mujeres. Siempre se puede encontrar ese tipo de mujer en Reno; es una ciudad realmente sucia.

Francamente, a mí no me gusta mucho esa parte. No tiene ningún papel importante en mi vida, no más que cualquier otra actividad física. Sólo con mirarme reconoceréis que mi energía principal se encuentra en la mente.

Cuando estaba en sexto grado empecé a usar gafas, ya que leía demasiadas historias divertidas. *Tip Top Comics*, *King Comics* y *Popular Comics*... esos fueron los primeros cómics que aparecieron, allá a mediados de los años treinta, y luego les siguieron muchos más. Yo los leí todos en la escuela primaria, y los cambiaba con otros chicos. Más tarde, en la escuela secundaria, empecé a leer *Astonishing Stories*, que era una revista de pseudo-ciencia, y *Amazing Stories* y *Thrilling Wonder*. De hecho, tenía la colección casi completa de *Thrilling Wonder*, que era mi favorita. En un anuncio en *Thrilling* conseguí mi imán de la suerte, que todavía llevo conmigo. Eso fue en 1939.

Toda mi familia había sido delgada, a excepción de mi madre, y en cuanto me puse esas gafas de montura plateada que siempre le daban a los chicos por aquella época, adquirí un aire erudito, como el de un verdadero empollón.

Además, tenía una frente ancha. Más tarde, en la secundaria, tenía bastante caspa, lo cual hacía que mi pelo pareciera mucho más claro de lo que era en realidad. De vez en cuando mostraba un tartamudeo que me molestaba, aunque descubrí que si me agachaba de repente, como si estuviera quitándome algo de la pierna, era capaz de pronunciar bien la palabra, de modo que cogí ese hábito. Tenía, y todavía tengo, una marca en la mejilla, al lado de la nariz, una cicatriz debida a la viruela. En la escuela secundaria me sentía nervioso la mayor parte del tiempo, y solía rascármela hasta que se infectó. También tenía otros problemas de piel, del tipo del acné, aunque en mi caso, los puntos mostraban una textura púrpura que el dermatólogo dijo que se debía a una infección ligera de todo mi cuerpo. De hecho, a pesar de que tengo treinta y cuatro años, de vez en cuando, y de manera súbita, me salen granos, no en la cara, sino en el culo o en las axilas.

En la secundaria llevaba ropa bastante buena, lo cual hizo posible que sobresaliera y fuera popular. En particular tenía un jersey azul de cachemira que usé durante casi cuatro años, hasta que olió tan mal que el profesor de gimnasia me obligó a tirarlo. De todas formas, me tenía sentenciado, ya que nunca me duchaba en el gimnasio.

Fue el *American Weekly*, ninguna otra revista, la que despertó mi interés por la ciencia.

Posiblemente, recordaréis el artículo que sacaron en el número del 4 de mayo de 1935, sobre el Mar de los Sargazos. Por aquel entonces, yo contaba diez años de edad y estaba en cuarto grado. Por lo tanto, apenas era lo suficientemente mayor para leer otra cosa que no fueran historietas. Había un dibujo enorme, en seis o siete colores, que abarcaba dos páginas enteras abiertas: mostraba barcos encallados en el Mar de los Sargazos que llevaban ahí cientos de años. Mostraba los esqueletos de los marineros, cubiertos de algas. Las velas podridas y los mástiles. Había todo tipo de barcos, incluso algunos de la antigua Grecia y

Roma, y algunos de la época de Colón, y los barcos de los vikingos. Todos juntos. Inmóviles. Encallados allí para siempre, atrapados por el Mar de los Sargazos.

El artículo contaba cómo los barcos eran atraídos hacia allí y quedaban atrapados, y cómo ninguno jamás conseguía escapar. Había tantos que estaban uno al lado del otro a lo largo de kilómetros. Todas las clases de barcos que existieron, aunque más adelante, cuando aparecieron los buques a vapor, se redujo la cantidad de los que encallaban, obviamente porque no dependían de las corrientes del viento, sino que disponían de su propia energía de propulsión.

El artículo me afectó porque, en muchos aspectos, me recordó un episodio de Jack Armstrong, el Chico Americano, que me había parecido muy importante y tenía que ver con el Cementerio Perdido de los Elefantes. Recuerdo que Jack tenía una llave de metal que cuando la golpeabas resonaba de forma extraña, y era la clave para el cementerio. Durante mucho tiempo golpeé todo trozo de metal con el que me topaba para hacer que resonara, tratando de producir ese sonido y dar por mi cuenta con el Cementerio Perdido de los Elefantes (se suponía que en alguna parte de las rocas se abría una puerta). Cuando leí el artículo sobre el Mar de los Sargazos advertí un parecido importante; se buscaba el Cementerio Perdido de los Elefantes por el marfil, y en el Mar de los Sargazos había millones de dólares en joyas y oro, el cargamento de los barcos encallados, que sólo esperaban que alguien los encontrara y los reclamara. Y la diferencia entre los dos era que el Cementerio Perdido de los Elefantes no era un hecho científico, sino un mito contado por exploradores y nativos comidos por la fiebre, mientras que el Mar de los Sargazos estaba científicamente establecido.

Extendí el artículo en el suelo de nuestro salón, en la casa que teníamos alquilada en aquella época en la Avenida Illinois, y cuando mi hermana regresó a casa en compañía